

¿QUÉ ES LA BELLEZA?

JULIA

Todos creemos tener un concepto claro de qué significa la belleza y todos podemos reconocer el momento en el que estamos viendo algo bello. A lo largo de la historia, incluso en la misma época pero en diferentes lugares, hemos encontrado y hemos definido la belleza de diferentes maneras. Pero, ¿cuáles son las características que impulsan este sentimiento? ¿Son siempre las mismas? Y, lo que es más importante, ¿es este concepto de belleza que tenemos común a todos?

La belleza ha sido definida por muchos autores, en un vano intento de buscar lo común, lo que podemos encontrar en todos los objetos bellos. Estas definiciones han ido cambiando y adaptándose con el tiempo, desde autores como Platón que la definían como un prototipo de belleza al que tienden ciertas formas de la realidad, hasta autores que la definían con la conocida frase de “la belleza es subjetiva” . Según la RAE, bello es aquello que, por la perfección de sus formas, complace a la vista o al oído y, por extensión, al espíritu. Históricamente hablando, esta definición hablaría de un concepto pitagórico de la belleza, basado en la perfección, en la proporción de las formas. Podríamos preguntarnos, entonces, ¿es todo lo bello perfecto?

Primero, hablaré de lo que yo considero más bello en el mundo. Para mí, lo más bello en este mundo es la naturaleza, la exactitud con que ésta está organizada, la complejidad, su grandeza. Si yo tuviera que encontrar lo más bello del mundo, lo buscaría ahí, entre árboles, entre montañas o incluso en un desierto. ¿Podemos considerar la naturaleza como algo perfecto, teniendo en cuenta la crueldad con la que a veces se nos muestra? En la naturaleza no hay compasión, ni justicia, ni, aunque parezca contradictorio, injusticia. La naturaleza se caracteriza por sus “errores”; sus cambios y su evolución. No existe una proporción perfecta en la naturaleza, al igual que no existe la perfección. ¿Deberíamos cambiar, entonces, esa definición? ¿Debería complacer lo bello a mis sentidos aunque no se presente proporcionado y perfecto?

Alguien podría decirme que no está de acuerdo conmigo, que él no encontraría la belleza donde yo me empeñaría en buscarla. Esa persona podría decir, por ejemplo, que encuentra la belleza en otras personas, en su belleza física. Si viviera en el Antiguo Egipto, la belleza estaría representada por una mujer delgada, de pequeños pechos y

grandes caderas, una mujer que adornara su piel con bisutería y joyas. Sin embargo, si resultara ser, por ejemplo, una persona de la Edad Media (influenciada por el cristianismo), esta mujer cambiaría y sería una mujer también delgada pero esta vez rubia, con el pelo largo pero recogido, y ojos, nariz y labios pequeños. ¿Ha cambiado la belleza? ¿Por qué la percibimos de diferente manera? Y, sobre todo, ¿por qué la buscamos en diferentes lugares?

Por otra parte, la belleza no tiene por qué ser algo físico. No tiene por qué tratarse de un lugar, de una persona o de un cuadro. La belleza puede ser una sensación, un estado de ánimo o una característica de la forma de ser. Los cristianos de la Edad Media, como he mencionado anteriormente, encontraban la belleza también en cualidades como la bondad, el amor, etc. Es belleza que no se puede ver ni se puede comparar. No se puede medir el nivel de belleza con un contador, matemáticamente. Pero tampoco se puede medir la belleza de un objeto o de una persona.

Todos estos razonamientos nos llevarían a la conclusión de que cada persona posee una visión subjetiva de la belleza, que puede coincidir con la de los otros o no. Pero sabemos que esto no es cierto. Sabemos que una gran mayoría de personas coinciden en ver la belleza en el atardecer, otras suelen coincidir en la belleza de un cuadro o de una mujer o de un hombre. También es muy común que la gente la encuentre en valores como la simpatía antes que en otros como la mezquindad.

De esta forma, se podría decir que la belleza sí tiene elementos comunes. Si una mayoría de la población llamara bello a lo mismo, sería porque ese objeto o ser desprende algo que, aunque no sepamos qué es, nos lleva a un mismo sentimiento de agrado. Pongamos el ejemplo de un atardecer. ¿Es un atardecer bello por sus colores? ¿Son los colores de un objeto los que nos hacen tener esta sensación? ¿Es el rojizo, la puesta de sol o el significado que le hemos dado al final del día? Muchos artistas han intentado captar esta imagen, el sol escondiéndose, en sus cuadros. Una imagen difícil de captar, porque no solo es una imagen, es también captar un sentimiento. Cuando un artista termina un cuadro, lo más difícil de éste no ha sido lo que ha dibujado, si no captar la sensación que esta imagen produce. Cuando Leonardo da Vinci pintó a la Gioconda, no solo pintó a una mujer, si no que pintó la calma y estabilidad que muchos dicen sentir cuando observan este cuadro. ¿Cómo se capta la serenidad en un cuadro? ¿Cómo se consigue que algo deje de ser “normal” para convertirse en “bello”?

El talento de estos artistas consiste en la capacidad de plasmar en un lienzo aquello que nosotros solo podíamos tener en la mente. Los artistas nos permiten sacar de nuestras mentes aquellos conceptos que teníamos de belleza, para observarlos fuera de ellas.

Por otra parte, como he dicho anteriormente, esta belleza no solo somos capaces de apreciarla nosotros. Si fuera así, un artista nunca se haría famoso porque pocas personas podrían llegar a sentir la grandeza de sus cuadros. Sin embargo, no es así. Si un artista consigue expresar este sentimiento, será un sentimiento que puedan experimentar también varias personas. Consecuentemente, hay valores comunes que apelan a la belleza. De entrada, no hay nada especial en la Gioconda. Habrá personas que la considerarían una mujer excepcionalmente bella, si se la cruzasen, y habrá otras que ni siquiera le prestasen atención. Entonces, no es la mujer lo que llama la atención. Es la sensación. Pero, la pregunta sería, la sensación que experimentamos, ¿procede de nosotros mismos o estamos apropiándonos de lo quiso expresar el artista al dibujar a aquella mujer? Tal vez apreciamos el cuadro porque es bello para nosotros o tal vez es porque conseguimos sentir la belleza que una persona vio allí.

Por otro lado, del mismo modo que un artista llena una galería de gente admirando sus cuadros, un escritor o un músico pueden llegar a conseguir el mismo efecto. Podrían considerarse estas tres capacidades-la escritura, la música y la pintura-, como artes que nos ayudan a poner en palabras, notas o lienzos la belleza que contenemos en nuestra alma, aquello que no podemos expresar, que no tiene razones para ser, que no sabemos por qué está ahí. No sabemos por qué algo es bello. Solo sabemos que lo es. Por tanto, al igual que un artista con su cuadro, una canción puede resultarnos bella. No solo bella, un adjetivo que está perdiendo su fuerza cuanto más lo utilizo, si no conmovedora, inexplicable. Hay música que llega a partes de nosotros que no sabíamos que estaban allí. ¿Es ahí donde está la belleza? ¿Consiste la belleza en la expresión de nuestros sentimientos? ¿Todo lo bello tiene que hacernos sentir algo? ¿El arte debe ser bello o toda la belleza debe ser arte? La única respuesta a esta pregunta sería otra pregunta: ¿qué dictamina la belleza de algo o el arte ?

En este punto en el que nos encontramos, podríamos afirmar que la belleza no es algo establecido, que lo que a una persona le puede parecer bello a otra no, y que realmente la belleza no es algo que se pueda medir. Tendríamos razón si dijéramos todo esto puesto que en efecto no estamos afirmando nada. La belleza no es algo establecido(es

decir, no sabemos qué hace algo bello), lo que a una persona le puede parecer bello a otra no (insistimos en que no sabemos cuál es la diferencia) y la belleza no es algo que se pueda medir (no sabemos porque algo es más bello que otro objeto o ser). Sin embargo, sí hemos llegado a otra conclusión: lo que hace bello algo no es el objeto en sí, si no lo que ese objeto nos hace sentir. La belleza radica, por tanto, en las sensaciones. Dado que todos somos seres humanos, todos podemos apreciar la belleza, de una forma u otra. Pero hay algo dentro de nosotros que hace que sea una cosa u otra la que llega a convertirse en bella para nosotros. Yo diría que la belleza es la misma para todos, porque realmente nos hace sentir lo mismo, lo único que cambia es el objeto que nos la transmite. Sería como si hubiera tres procesos a la hora de reconocer algo como bello. El primero sería el contacto con este objeto, sea visual, espiritual, etc. No importa cómo sea, porque ésa no es la parte importante del proceso. Luego una parte de nuestro cerebro asimilaría cómo es, sus características. Y en la tercera parte del proceso, la importante, es cuando una de esas características pasan a nuestro subconsciente, a nuestra parte más escondida, la cual nombra a aquello como “bello”.

Sin embargo, la belleza tal vez no tiene por qué ser tan profunda. No tiene por qué hacernos sentir algo o no tiene por qué conmovernos. Tal vez la belleza no es tan importante y tal vez no hay ninguna parte de nosotros que sienta especial sensibilidad por ella. Al fin y al cabo, yo solo puedo hablar de la belleza que yo siento, y de cómo la siento. Puede que lo grandioso de ésta consista precisamente en eso, en que no podemos describirla, en que no encontramos razones pero tampoco las necesitamos.

En conclusión, si reuniéramos a un grupo de personas y les preguntáramos a todas ellas dónde encuentran la belleza, optendríamos respuestas muy variadas, desde encontrarla en una sonata de Mozart hasta encontrarla en dar un paseo al amanecer. Todos encontraríamos la belleza en sitios diferentes, pero, sin embargo, todos encontraríamos la misma belleza: la belleza “en sí”. Porque, tal vez, en vez de decir que la belleza es indescriptible, deberíamos decir que se describe por sí sola, por sí misma.